

Estamos ante el primer fin de curso después de la implantación generalizada del nuevo sistema educativo en Manzanares, como en otros muchos pueblos de España. Junio es el mes del último esfuerzo, el de la última oportunidad para aquellos estudiantes que no han dado la talla a lo largo del curso, el mes del último obstáculo antes de franquear las puertas de la Universidad. Junio también es el mes en el que muchos alumnos, antes del abandono definitivo, realizarán sus últimos actos académicos.

Todo parece seguir igual, como casi siempre, si no fuese por algunas circunstancias que no se habían dado con anterioridad. Nos referimos a la escasa fe en el sistema educativo actual por parte de todos los estamentos que en él confluyen y a la crisis en la que empieza a caer la escuela pública, mayoritaria hasta ahora en el conjunto de la oferta educativa del estado español.

Ni padres, ni alumnos de los últimos cursos de la ESO o del Bachillerato, ni tampoco los profesores -y éstos son los principales protagonistas de la organización y ejecución de la enseñanza- se sienten identificados ni satisfechos con la política educativa en vigor. Los últimos, además, no aprueban el planteamiento retórico-utópico que desde una opción pedagógica avalada por el PSOE en anteriores legislaturas, justifica y da sentido a la reforma de la enseñanza que la LOGSE ha traído consigo.

La propia Ministra de Educación y Cultura declaró en una conferencia en el consagrado foro intelectual del «Club Siglo XXI» de Madrid, que la reforma de la enseñanza «ha condenado a la ignorancia a toda una generación de españoles», pero que los cambios legales deseados no pueden llevarse a cabo con rapidez, por lo que la LOGSE seguirá en vigor, y sus defectos y, sobre todo, sus consecuencias, continuarán.

Si esto es lo que se interpreta y declara desde la máxima autoridad educativa es porque se dispone de datos que avalan tal afirmación. Y si esto es lo que piensa la cabeza, ¿qué es lo que sentirá el resto del cuerpo?

Las dos últimas leyes socialistas en materia de educación han abierto una brecha muy difícil de cerrar en la enseñanza pública. Han puesto a punto de caramelo al nuevo gobierno conservador la posibilidad de realizar cambios importantes en el equilibrio entre los sectores público y privado de la enseñanza, a favor de éste. La LOGSE primero y la LOPEG después, abrieron la fosa que amenaza con tragarse la idea de escuela pública, laica y aconfesional, que además ofreciera una enseñanza de calidad.

Y en éstas estamos. Mientras, el desconcierto y la desmoralización se cierne sobre todos los que, más o menos directamente, están y se sienten vinculados por cualquier tipo de razón o circunstancia a los centros públicos de enseñanza. Si además damos crédito a los recortes presupuestarios, que los sindicatos no dejan de proclamar, bien podemos decir que el espectáculo de este mes de junio es más bien desolador.